

Marruecos, un reto: estrechar el Estrecho. Marruecos: memoria de un viaje

Carlos Díaz Jr. y Rafa Soto

Miembros del Instituto E. Mounier.

Participantes este verano en el campo de trabajo de Marruecos.

En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso. Tu Señor te dará y quedarás satisfecho. ¿No te encontró huérfano y te recogió? ¿No te encontró extraviado y te dirigió? ¿No te encontró pobre y te enriqueció? Al huérfano, pues, ¡no lo oprimas! Al mendigo, ¡no lo rechaces! Y la gracia de tu Señor, ¡publicala! (Sura 93)

En estos días en que Marruecos está cotidianamente presente en nuestra prensa se hace más difícil describir el olor en la Medina, una mezcla de sangre, especias, orines y pobreza. Probablemente haya que haber estado allí para entender como puede llegar hasta el centro de uno mismo, pelearse con la arcada y al terminar querer sumergirse un poco más en ese olor. También hay que estar allí para entender el sinfín de engaños, contradicciones, sorpresas, sinsentidos de la sociedad árabe vista desde los ojos de un europeo, quizá de un europeo cristiano. Es imposible querer dominar este mundo desde nuestra razón, el olor va a ser la llave que nos ayude a entender un poco mejor este cúmulo de despropósitos.

Este verano hemos tenido, con el Instituto E. Mounier, ocasión de dejarnos calar por toda esta realidad. Todo comenzó hace un par de años, cuando sensibles a la llamada del Sur se acogió una pe-

ñonía del Arzobispo de Tánger, Mons. Antonio Peteiro, para colaborar en la restauración de una antigua iglesia católica junto a Tetuán para biblioteca universitaria. Desde entonces todo han sido aproximaciones cada vez más cercanas y amigas: hacer el proyecto técnico junto a un grupo de arquitectos de Sevilla, búsqueda de los recursos, conversaciones, viajes.

Para el viajero que desembarca, como nosotros, por primera vez desde la secularizada Europa destaca la omnipresencia de la religión que todo lo impregna, un permanente sonido en medio del olor: la llamada, a golpe de altavoz, del almuédano a la oración. Tan sólo se exige adherirse por un acto de fe y de palabra a lo revelado por Mahoma y cumplir los cinco pilares para ser reconocido como buen musulmán practicante: la *shahada*, fe en el único Dios; la *salat*, oración; la *zaka*, limosna; el *sawm*, ayuno del Ramadán; y el *hadjj* peregrinación a la Meca. Los más de mil millones de musulmanes en todo el mundo viven porticando con un «Bismi Alláh» (en nombre de Dios) todas las acciones de su vida. Al igual que el Corán es la legislación del país, la Sunna, bajo la interpretación de los doctos asesores reales es la guía del comportamiento. Y un Ministerio del Culto se encarga de gestionar como impuestos las

limosnas. Hasta la organización política está confusamente vinculada a lo religioso.

Una religión sin jerarquía, sin un poder visible pero acaso por eso más poderoso, solamente el misterioso consejo de los doctos ulemas que asesoran al rey, emir y protector de los creyentes.

Sin embargo, cabe también el ficticio juego de la exterioridad: mantener la fachada islámica y no seguir luego las exigencias del ramadán, de la oración, ni siquiera la pretendida unidad bajo el oficial rito maliquí. Ritualismo al que quedan obligados para sobrevivir.

Lejos de esto, otro Marruecos rezuma otros olores: azahar y jazmín tras los muros de los refinados palacios que nos acercan a las mil y una noches (aunque no fue este distante ensueño el que nos encontramos). Los días que pasamos trabajando como peones de albañilería y de electricidad encontramos personas ávidas de encuentro, de diálogo, de acogernos siguiendo la mejor tradición árabe, en la que siempre hay ocasión de compartir un té. Así, cada tarde, un importante grupo de profesores de la Universidad de Río Martil-Tetuán se ofrecieron a compartir con nosotros sus conocimientos y presentarnos su historia, su futuro, su religión, su mística; fuimos afortunados al introducirnos en este mundo con

TESTIMONIO

tales embajadores. De su mano descubrimos aquel mosaico de culturas que es Marruecos, y nos sorprendimos con cuanto de común tenemos. Para quienes se declaran personalistas dialógicos es imprescindible escuchar al otro para entrar en su misterio, no clasificarlo en nuestras categorías mentales, no dejarse engañar por las diferencias exteriores de lengua, costumbres, usos culturales; dejarle abrirse, mostrar de sí, para sorprendernos por la profunda semejanza.

Sin duda este acercamiento ha posibilitado también una mayor comprensión de aspectos que nos parecía tener muy claros. No se entra a la verdad sino por el amor. Una nueva mirada incluso con el integrismo. Se nos hace mirarlos como a un atajo de locos, sangrientos,... y es más que un puñado de tarados, y son de alguna manera aún más peligrosos, pero también... esa manera de volver a las fuentes, de ser íntegro y coherente con el Corán tal y como le fue dictado, palabra por palabra a Mahoma, está suscitada por la falta de democracia real, la fracasada ideología nacionalista panárabe, el también fracasado socialismo que apoyó a tantos países, y su triste gestión económica agravada por una copiosa deuda externa. Sería bueno repensar qué ha dado lugar a estos sistemas y qué apoyo se le ha prestado cuando ha interesado. Occidente, tras el derrumbe de los países socialistas, necesita un enemigo ante el que defenderse de las propias insuficiencias y con el que justificar la carrera armamentística que dé un respiro a tales empresas. Esta vez respirarán el olor de las medinas.

Son países musulmanes que se debaten hoy entre una monarquía pretendidamente democrá-

tica, una democracia de productos extranjeros que siga permitiendo, bajo nuevas fórmulas, la descarada colonización de EE.UU. y Francia principalmente, o bien el integrismo de fabricación propia que ya gobierna en países como Arabia Saudí desde hace una treintena de años.

Quizás los interesados en favorecer la idea de amenaza de invasión sean también los que impiden el desarrollo de estos pueblos. Las invasiones ya no son físicas, de un pueblo sobre otro, sino culturales y nuestras culturas están obligadas a la confrontación y a la convivencia. Abandonando lo prescindible podríamos caminar juntos. Frente a la homogeneización-japonización de la cultura mundial, el diálogo entre los hombres de buena voluntad del islam y de la secular Europa podrían tener alguna efectividad.

Favorecer el desarrollo no es sólo una cuestión política, sino económica, sociocultural... ¿cómo organizarse satisfaciendo a la población sin vinculación a las redes de la metrópoli? La paradoja es que el modelo de vida occidental que les llega a través de las parabólicas es deseado y a la vez tachado de pecaminoso. Crecer buscando un modelo desde el Sur es el intento en el que está inmerso Marruecos junto a los países de la Unión Árabe Magrebí: superar los restos de colonización —aunque sorprendentemente guardan un grato recuerdo del Protectorado Español, simpatías que no profesan quienes vivieron bajo la tutela francesa— y abordar los problemas de educación, sanidad, alimentación, empleo, vivienda,... en un área de fuerte crecimiento demográfico y donde el 53% de la población es menor de 20 años.

Y una vez más, aunque ya no nos hacía falta, en otro rincón del mundo nos dejamos sorprender por religiosas encarnándose donde haga falta, viviendo el evangelio a fuerza de silencioso amor. La comunidad de franciscanas de la misión católica de Rio Martil atiende con constancia ejemplar ante las dificultades una residencia para huérfanos, y con una sencillez casi imperceptible mantiene la resonancia del evangelio como un estilo de vida posible. De ellas, con su sonrisa y trabajo, hemos aprendido el sentido de la presencia del IEM en Marruecos: convivencia y colaboración, sin otro objetivo que recordar, desde el compromiso, la paz y la verdadera tolerancia.

¿Cuál será el futuro de ese pueblo próximo y lejano? ¿Qué será de esos jóvenes capaces de leer libros que parecían escritos del revés para quien viene de otro mundo a tan sólo 14 kilómetros? Desde luego un rastro nos queda de los intensos olores: lo que ellos puedan llegar a ser no es algo que no nos importe; nosotros mismos estamos involucrados con ellos. Mirando de cerca al Marruecos de hoy puede descubrirse una vida interior de nobleza, de profundidad casi mística. Será imprescindible que superemos diferencias y torpes tópicos mutuos labrados en siglos de prejuicios, y pasear juntos, dialogando, mirando al futuro. Por su parte está lanzado el reto: ante los muros que se levantan, abrir agujeros, estrechar el Estrecho. Son manos tendidas desde la profundidad de la inteligencia y del corazón con un sólo deseo: que volvamos a casa con este mensaje, que nos miremos mutuamente y, aún con los límites de la comprensión, podamos establecer vínculos de hermandad y fraternidad. **A**